

IN MEMORIAM DE JOSEPH PÉREZ

*En la muerte de Joseph Pérez*¹

Ricardo GARCÍA CÁRCEL

Acaba de morir Joseph Pérez, uno de los maestros del hispanismo francés. La palabra hispanista la utilizó Morel-Fatio por primera vez en 1879 para diferenciar el *hispanisant* (simpatizante de lo español) del hispanista (el que estudia científicamente la cultura española). Ha habido muchos hispanismos: el filológico, el histórico, el artístico... El hispanismo siempre ha arrastrado una doble opción: la de los que creen que para escribir sobre España hay que amarla previamente y la de los que, por el contrario, entienden que para amar hay que conocer previamente. También se pueden diferenciar los hispanistas por sus ideologías: unos han entendido su oficio desde una óptica liberal con el fin de liberar a España de sus viejos monstruos, entre los que estaban sus propias incapacidades para estudiar su historia. Otros hispanistas, conservadores ellos, han intentado a través de su dedicación hispanista evadirse de Europa considerando a España como el refugio de los valores esenciales. También son muy diversos los hispanismos según los respectivos países de procedencia. El hispanismo germánico será esencialmente filológico, producto del interés que desde el siglo XIX genera la literatura española en Alemania. El hispanismo británico tendrá como punto de partida el interés por el contrapunto religioso y cultural que significa España respecto al mundo cultural británico, con la contraposición permanente entre catolicismo y protestantismo. En el hispanismo británico habrá mucho de interés religioso-cultural y antropológico por «el otro», el distinto, el contrario. El hispanismo francés ha sido otra cosa, menos imaginario, menos distancia física y

1. Joseph Pérez perteneció al Consejo Científico de *Studia Historica: Historia Moderna*. La revista lamenta su fallecimiento al tiempo que agradece la ayuda que tan ilustre hispanista le prestó a lo largo de tantos años. Del mismo modo, agradece al prof. Ricardo García Cárcel el magnífico texto que nos ha regalado para honrar la memoria de una persona tan querida para todo el modernismo español.

cultural. Más recelo y desconfianza también. El problema de la vecindad. Vecinos, rivales y cercanos. Amor y odio, antipatía y simpatía en eterna mixtificación.

El hispanismo francés nació a finales del siglo XIX. Lo fundaron el citado Morel-Fatio y Foulché-Delbosc, ambos desde su interés por la literatura española. En 1899 se creó la «Agregation d'Espagnol», es decir, las oposiciones para ingresar en la carrera de hispanista. El mismo año se empezó a publicar en Burdeos el *Bulletin Hispanique*. Joseph Pérez desarrolló la mayor parte de su vida académica precisamente en la Universidad de Burdeos, matriz del hispanismo. Él, entre la amplia tipología de hispanistas a los que me he referido, representa muy bien un hispanismo singular. Joseph Pérez ha representado una generación de hispanistas de raíces españolas, cuyos padres habían nacido en España y que ya por motivos políticos o económicos habían tenido que emigrar a Francia. En esta generación estaban incursos hispanistas como Bartolomé Bennassar, François Lopez, Augustin Redondo, Jean-Louis Guereña, Julián Montemayor, Benito Pelegrín... Una generación que nació ya en Francia, fue educada por excelentes maestros republicanos y asumió desde la infancia el reto de conocer y comprender el país que de alguna manera había propiciado la emigración o el exilio de sus padres.

Nació en 1931 en el Ariège francés en el marco de una familia que procedía de Bocariente y que se trasladó a Francia por razones económicas en 1922. De su infancia sabemos poco. Fue reticente siempre a contarla, aunque se le ofreció una buena ocasión en el encuentro de estos hispanistas de raíces españolas en Zaragoza que dio lugar al libro *Exilio, memoria personal y memoria histórica* (Institución Fernando el Católico, 2009). Él fue el menos explícito de los hispanistas convocados a la hora de explorar su memoria personal. Lo contrario que Bartolomé Bennassar.

Pérez, como todos los hispanistas, empezó por el estudio de la literatura, pero pronto se deslizó hacia la historia. Discípulo de Bataillon y de Vilar, del primero aprendió su convicción de la homologación española respecto a Europa y del segundo, su inquietud por el análisis de la problemática socioeconómica. Su tesis doctoral sobre las Comunidades de Castilla, publicada en francés en 1970 y en español en 1977, ha quedado como hito fundamental de la abundante historiografía sobre la revuelta que acabó en Villalar. Pérez siempre discrepó de la visión marañoniana que etiquetaba las Comunidades como la revuelta de hidalgos feudales incapaces de comprender la modernidad del imperio de Carlos V. Por el contrario, él apostó, siguiendo a Maravall, por la modernidad de los comuneros: revuelta urbana y artesanal, intereses enfrentados entre los productores procomuneros y los exportadores de lana anticomuneros, trascendencia del papel del clero bajo subversivo y de los conversos...

Nada dado a romanticismos nacionalistas, Pérez fue siempre un jacobino que se sintió más identificado emocionalmente con la vocación española de la Meseta castellana que no con sus propios paisanos originarios valencianos. Tuvo extraordinaria

capacidad para la síntesis con vocación revisionista de todos los personajes y situaciones que estudió, luchando contra los mitos y arquetipos que han estado demasiado presentes en nuestra historia. De Isabel la Católica le interesó más su perfil político que sus valores religiosos. Su Fernando el Católico fue menos maquiavélico de lo que creíamos. Desmitificó rotundamente la leyenda negra de Felipe II. Abordó personajes como Teresa de Jesús y Cisneros replanteando sus perfiles. Cisneros para él fue el referente de la España que no pudo ser, la España depositaria de las esencias hispánicas desnaturalizadas por el Imperio de Carlos V. En Teresa de Jesús supo delimitar la realidad histórica de lo que fue la monja de Ávila de su proyección política y mediática a lo largo del tiempo. Se interesó mucho por la problemática de la emancipación hispanoamericana, dado que consideró América Latina una proyección de los valores hispánicos. A él, siempre tan realista, dependiente de los condicionamientos del marco histórico, le obsesionó la lucha de los personajes por salirse del guion, por avanzar más allá de la dictadura de la inercia histórica.

Como ha dicho Jaime Contreras: «una guía conceptual básica de Joseph Pérez ha sido rechazar la idea de que “España es diferente” porque este viejo eslogan, cuyo éxito evidente se aplicó a la publicidad del turismo, tuvo correlatos en la propia historiografía que trabajaba sobre España, entendiendo que había habido un específico “tiempo español” y una singular “historia de España”. Pérez negó dicho principio y lo ridiculizó demostrando que no era más que un tópico, no solo inútil, sino paralizante».

Catedrático y rector de la Universidad de Burdeos, doctor Honoris Causa de las universidades de Valladolid y Alcalá, director de la Casa de Velázquez, recibió muchos galardones durante su vida. El de mayor proyección mediática fue, sin duda, el Premio Príncipe de Asturias.

Con su muerte, no solo se nos va uno de los grandes maestros del hispanismo francés, perdemos a un hombre siempre dispuesto a defender el concepto político de la España-nación dibujado ya en la Constitución de 1812 y a reafirmar los valores del Estado frente a cualquier tentación localista o disgregacionista.